



Universidad de Buenos Aires  
Facultad de Ciencias Sociales



Instituto de Estudios de  
América Latina y el Caribe



ISSN 1853-2713

## OBSERVATORIO LATINOAMERICANO 12



Grupo GRAFO, *Democracias* (2008)

# ***DOSSIER ARGENTINA:*** **30 años de democracia** Buenos Aires, noviembre 2013



#### Autoridades Facultad de Ciencias Sociales

**Decano**  
Sergio Caletti  
**Vicedecana**  
Adriana Clemente  
**Secretaria Académica**  
Stella Martini  
**Secretaria de Estudios Avanzados**  
Mónica Petracci  
**Secretaria de Gestión Institucional**  
Mercedes Depino  
**Secretario de Cultura y Extensión**  
Alejandro Enrique  
**Secretaria de Hacienda**  
Cristina Abraham  
**Secretaria de Proyección Institucional**  
Shila Vilker  
**Instituto de Investigaciones Gino Germani**  
Directora: Carolina Mera  
**Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe**  
Directora: Mabel Thwaites Rey  
**Biblioteca Norberto Rodríguez Bustamante**  
Director: Daniel Comandé



#### Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires  
Marcelo T. de Alvear 2230, C1122AAJ Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina  
[www.ieslc.sociales.uba.ar](http://www.ieslc.sociales.uba.ar) - [ieslc@sociales.uba.ar](mailto:ieslc@sociales.uba.ar)

**Directora:** Mabel Thwaites Rey

**Comité Académico:** Mabel Thwaites Rey, Emilio Taddei, Eduardo Gruner, Waldo Ansaldi (miembros titulares por el claustro Investigadores), Atilio Boron, Diego Raus, Hugo Caello, Néstor Kohan (miembros suplentes por el claustro Investigadores). Inés Nercesian, Ariel Goldstein, Laura Rosenberg (miembros titulares por el claustro Becarios), Amílcar Salas Oroño, Lorena Soler, Diego Giller (miembros suplentes por el claustro Becarios).

**Asistentes de la Dirección Académica:** Silvia Demirdjian y Ruth Felder

ISSN 1853-271



## OBSERVATORIO LATINOAMERICANO

*Observatorio Latinoamericano* es una colección de trabajos que, bajo la forma de *dossier*, publica el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, con el objetivo de ofrecer a todos los interesados en conocer más y mejor a América Latina, información y opiniones sobre la región y cada uno de sus países, sea para fines docentes, de investigación o de mero deseo de ampliar la capacidad de comprensión de realidades complejas, usualmente no tratadas o insuficientemente tratadas por los medios de comunicación comerciales.

*Observatorio Latinoamericano* es una iniciativa del IEALC, impulsada en el año 2010 por el entonces director, Wildo Ansaldo, y que continúa hasta el presente. Surgió como respuesta a la necesidad de reflexionar sobre la realidad pasada y presente de América Latina y el Caribe luego del desastre que había dejado el terremoto en Haití. Desde entonces y gracias a la repercusión que tuvo en el diálogo con otros centros académicos, adquirió periodicidad y se convirtió en un espacio de comunicación de calidad y relevancia para estudiosos y estudiosas de la realidad latinoamericana y caribeña, haciendo énfasis en el análisis de los distintos países de la región.

*Observatorio Latinoamericano* reproduce material generado por académicos y periodistas latinoamericanistas de distintos países y orientaciones. La colección se inició con textos publicados en medios de comunicación alternativos -que cubren lo que la prensa comercial omite u oculta-, aunque luego se fueron incorporando los trabajos de nuestros propios investigadores e investigadoras, de tesis y becarios que investigan sobre América Latina con sede en el IEALC, como también de colegas invitados. Como criterio general, la responsabilidad académica y operativa de cada *dossier* sobre un país le es asignada por el Comité Académico al investigador del Instituto que propone el tema, quien se encarga de la selección de los autores convocados y de llevar adelante la edición, contando para ello con un amplio margen de decisión y con el apoyo de una Coordinación general, que funciona desde este año.

*Observatorio Latinoamericano* es una publicación electrónica, de acceso, distribución y descarga gratuitos. Los textos pueden reproducirse libremente, pero en todos los casos se indicará la fuente, particularmente la original en los casos en que así correspondiera, es decir, en el de textos publicados inicialmente en otra publicación, sea ella en soporte digital o papel.

**Coordinadora del Observatorio Latinoamericano: Inés Nercesian**

**El Dossier Argentina: 30 años de democracia ha sido realizado bajo la coordinación y edición de Mara Burkart y Matías Giletta.**


### Números publicados

1. Haití, febrero 2010,
2. Paraguay, mayo 2010,
3. Guatemala, agosto 2010,
4. Bolivia, octubre 2010,
5. Colombia, diciembre 2010
6. México, abril 2011
7. Ecuador, junio 2011
8. Chile, agosto de 2011
9. El Salvador, noviembre de 2012
10. Brasil, enero de 2013
11. Uruguay, junio de 2013



## ÍNDICE

<b>Prefacio</b> <i>Mabel Távares Rey</i>	8
<b>Introducción</b> <i>Mara Burkart y Mañas Gilens</i>	9
<b>Argentina entre América Latina y Estados Unidos</b>	21
América Latina en el siglo XXI, Reflexiones inconclusas <i>Inés Nereciani</i>	22
La estrategia de Estados Unidos y su proyección sobre América del Sur <i>Sonia Winer</i>	35
<b>Política en democracia</b>	49
19 y 20 D (2001). Quilombo y política <i>Germán J. Pérez</i>	50
Estabilidad, crisis y metamorfosis de los partidos políticos en Argentina <i>Amílcar Salas Oroño</i>	65
Conflicto político y representación en las provincias: Argentina, 1983-2012 <i>Ana Polack</i>	75
<b>Fuerzas Armadas, Derechos humanos y Memoria</b>	88
1984. La construcción de una memoria para la nueva democracia <i>Marta Philp</i>	89
Las luchas pro derechos humanos en Argentina: de la resistencia antidictatorial a la dispersión del movimiento social <i>Luciano Alonso</i>	104
El debate sobre la conscripción y el activismo en derechos humanos en la post-dictadura argentina <i>Santiago Garzaño</i>	121
¿Qué hacer con las Fuerzas Armadas? Treinta años de “cuestión militar” en la Argentina <i>Paula Canelo</i>	136
<b>Economía y Sociedad</b>	149
El FMI y la política económica argentina <i>Pablo Nemisa</i>	150



La industria nacional luego de la reconquista de la democracia <i>Martín Scharr</i>	164
Cambio estructural y reconfiguración de la elite económica argentina (1976-2001) <i>Gastón Beltrán y Ana Castellani</i>	183
La estructura social en perspectiva. Transformaciones sociales en Argentina, 1983-2013 <i>Carla del Cuzco y Mariano Luzzo</i>	205
Del alfonsinismo al kirchnerismo. El movimiento obrero bajo la democracia (1983-2012) <i>Alejandro Schneider</i>	222
<b>Ciudadanía, movilización social y participación política</b>	<b>234</b>
Procesos de movilización y movimientos sociales desde la transición a la democracia <i>Sebastián Pereyra</i>	235
Juventudes y participación política en los últimos treinta años de democracia en la Argentina. Conflictos, cambios y persistencias <i>Pablo Vommaro y Marina Larrondo</i>	254
¿Heredarán el viento? Liderazgos fundacionales y cambio generacional en el proceso político argentino a treinta años del 1983 <i>Gabriela Rodríguez</i>	276
30 años de democracia: Un balance con perspectiva de género <i>Verónica Giordano</i>	291
Pueblos originarios y democracia. Conformación de nuevos sujetos políticos. Argentina, 1983-2013 <i>Miguel Leone</i>	302
<b>Medios de comunicación, intelectuales, universidad</b>	<b>321</b>
Cambia, todo cambia: sistema de medios y regulación en la Argentina reciente <i>Martín Becerra</i>	322
Medios, democracias, peronismos: Entre <i>678</i> y <i>Fútbol para Todos</i> <i>Pablo Alabarces</i>	337
La recepción de Weber: entre la crisis del marxismo y la democracia <i>José María Casco</i>	343
Democracia: proyecto imposible en el entramado conceptual neoliberal <i>María Paula de Büren</i>	353
Las políticas universitarias en 30 años de democracia: tendencias históricas de cambio y movimiento pendular de las políticas públicas <i>Claudio Swartzbar</i>	361

# JUVENTUDES Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA EN LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS DE DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA: CONFLICTOS, CAMBIOS Y PERSISTENCIAS

Dr. Pablo Vommaro\*  
(IIGG-UBA/CONICET)

Mg. Marina Larrondo\*\*  
(IIGG-UBA/UdeSA)

## Presentación

Al hacer un recorrido por las formas de organización y participación política en los últimos treinta años de democracia en la Argentina se hace ineludible abordar las formas que adquirieron estas dimensiones entre las juventudes. En efecto, uno de los rasgos sobresalientes del período es la consolidación del sujeto juvenil como activo protagonista de la vida política y el conflicto social. No exentas de cambios, discontinuidades y tensiones, las modalidades de participación y militancia que produjeron los jóvenes signaron la dinámica del proceso político en el período.

A partir de esto, para dar cuenta de la participación de las juventudes en estos treinta años de democracia es necesario, en primer lugar, poder definir qué entendemos por jóvenes y juventudes, y en qué medida pensamos relevante distinguir la dimensión juvenil en el estudio del período.

La noción de juventudes es fructífera pero problemática, y ello se evidencia principalmente cuando su caracterización se presenta como “acumulación de adjetivos” (Pérez Islas, 2000). Las prácticas de los jóvenes han desafiado –y continúan desafiando- al mundo académico en cuanto a su conceptualización, cuestionando tanto la mirada acerca de la juventud como etapa transicional o de preparación para un momento maduro de la vida, como la concepción que la asocia a un ciclo de vida con rasgos específicos e inherentes, con atributos que serían esenciales a la condición juvenil. El ejemplo más notorio de esta última mirada son los estudios que conciben a la juventud como rebelde, con potencialidad transformadora y disruptiva; o bien quienes la analizan como apática,

---

\* Posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud (Universidad Católica de Sao Paulo, Universidad de Manizales, CINDE y CLACSO). Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigador del CONICET. Profesor de Historia (UBA). Investigador del Programa de Historia Oral (FFyL - UBA) y del Grupo de Estudios sobre la Protesta Social y la Acción Colectiva (GEPsAC, IIGG-UBA). Co-coordinador del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu, IIGG-UBA) y Co-Director del Proyecto “Juventudes, políticas y políticas públicas de juventud en la Argentina actual: aportes para el fortalecimiento de las experiencias organizativas entre estudiantes secundarios” (Programa UBANEX, UBA). Docente de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en los Departamentos de Ciencias de la Educación e Historia. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO sobre Juventudes e Infancias en América Latina. [pvommaro@gmail.com](mailto:pvommaro@gmail.com)

\*\* Doctoranda en Ciencias Sociales (IDES-Universidad Nacional de General Sarmiento), Magíster en Educación con orientación en gestión educativa (Universidad de San Andrés) Licenciada y Profesora en Sociología (Universidad de Buenos Aires). Becaria Doctoral interna del CONICET para el período 2011-13. Miembro del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (IIGG-UBA), miembro del equipo “Juventudes, políticas y políticas públicas de juventud en la Argentina actual: aportes para el fortalecimiento de las experiencias organizativas entre estudiantes secundarios” (Programa UBANEX, UBA). Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de la Escuela de Educación de la Universidad de San Andrés y del Instituto del Desarrollo Humano, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento. [mlarrondo@udesa.edu.ar](mailto:mlarrondo@udesa.edu.ar)

desinteresada y poco participativa. En ambos casos se trata de adjetivos que invisibilizan y esencializan una construcción sociohistórica y cultural que siempre es múltiple y situada.

Pensamos entonces, junto con Feixa (1999), Alvarado *et. al.* (2009), Chaves (2006) y M. Criado (1998), que la juventud es una noción dinámica, sociohistórica y culturalmente construida, que siempre es situada y relacional.

Así, a partir de la perspectiva que tomamos en este trabajo centrada en la relación entre las juventudes y las formas de participación política en los últimos treinta años, consideramos a la juventud como experiencia vital y noción socio-histórica definida en clave relacional, más que etaria o biológica<sup>1</sup>. De acuerdo con Perez Islas (2000), esta noción se ha ido configurando en el proceso de interrelación entre dos fuerzas: las del mundo adulto y sus instituciones de control, y la resistencia de los “recién llegados” a tomar el lugar que la situación dominante les tenía asignado. Siguiendo al mismo autor, entendemos que el sujeto joven -al ser relacional-, no puede comprenderse ni en sí mismo ni por sí mismo. “Este conflicto está articulado a la confrontación general que se produce en la sociedad y, por lo tanto, asume las determinaciones históricas que se desarrollan a su alrededor. En este marco, la representación social juventud se encuentra inmersa en el proceso de producción de sentido que tiene que ver tanto con condiciones objetivas de una estructura social específica, como las relaciones simbólicas que la sustentan” (Perez Islas, 2000: 47). En el mismo sentido, Chaves (2006) sostiene que la juventud es una noción que cobra significado únicamente cuando podemos enmarcarla en el tiempo y en el espacio, es decir, reconocerla como categoría situada en el mundo social.

Si acordamos con estos planteos podemos concluir que el sujeto joven está constituido en y por una trama material y simbólica en el marco de correlaciones de fuerza –también materiales y simbólicas-, en el seno de formaciones sociales concretas. Por ende, no existe *un* sujeto joven sino una multiplicidad de posibilidades de constitución, aparición y presentación de ese sujeto en el mundo social. Así, cuando se piensa a la juventud como portadora de una misión determinada, rebelde, apática o bien como período preparatorio para la vida adulta, se hace referencia a uno de los modos específicos en que se produce juventud (Martín Criado, 1998) y no a un ser joven unívoco y homogéneo (mirada “esencialista”)<sup>2</sup>. Hay otras juventudes, otras tramas materiales y simbólicas que las constituyen. De este modo, nosotros hablamos de *juventudes* en plural.

---

<sup>1</sup> A pesar de nuestro énfasis en las dimensiones histórico-social y relacional, no desconocemos el anclaje etario de la noción de juventud –aun en su clave generacional-. Al respecto, numerosos estudios, citados por ejemplo en Ghiardo (2004), definen los límites biológicos de la juventud entre los 14 y 29 años, aunque otros los restringen entre los 18 y los 29 años (Ghiardo, 2004: 18).

<sup>2</sup> Las miradas esencialistas de la juventud, suelen ser tributarias de determinadas perspectivas instaladas como hegemónicas. Al respecto, luego de una revisión exhaustiva y crítica acerca de las perspectivas desde donde se ha pensado –y enunciado- a la juventud en América Latina, Chaves (2010) concluye que “las miradas hegemónicas sobre la juventud latinoamericana responden a los modelos jurídico y represivo del poder (...) están signadas por el gran NO: es negada (modelo jurídico) o negativizada (modelo represivo), se le niega la existencia como sujeto total (en transición, incompleto, ni niño ni adulto) o se negativizan sus prácticas (juventud problema, juventud gris, joven desviado, tribu juvenil, ser rebelde, delincuente)”. Así, esta autora coincide con la perspectiva general de Perez Islas (2000) cuando menciona que “lo joven adquiere desde la institución, un estatus de indefinición y de subordinación; a los jóvenes se les prepara, se les forma, se les recluye, se les castiga y, pocas veces, se les reconoce como otro. En el mejor de los casos, se les concibe como sujetos sujetados, con posibilidades de tomar algunas decisiones, pero no todas; con capacidad de consumir pero no de producir, con potencialidades para el futuro pero no para el presente” (Chaves, 2010).

Antes de avanzar nos interesa hacer una propuesta más para abordar las juventudes y sus relaciones con la política. Pensamos que la noción de generación es muy fructífera para realizar este tipo de análisis. La generación no puede ser considerada como una mera cohorte, puesto que -como ya lo había señalado Mannheim (1993 [1928])- la mera contemporaneidad cronológica no es suficiente para definir una generación. Por el contrario, la idea de generación, antes que a la coincidencia en la época de nacimiento, “remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado” (Margulis y Urresti, 1996: 26). Sin embargo una generación tampoco puede comprenderse sólo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que -para ser tal- debe poner en juego de una u otra forma, criterios de identificación común entre sujetos que comparten un problema<sup>3</sup>.

Entonces, el vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura, a partir de la cual se crean mecanismos de identificación y reconocimiento en tanto parte constitutiva de un nosotros (Lewkowicz, 2004). Lewkowicz propone definir una generación no como aquello ligado directamente a la edad de los individuos, o a la proximidad en las fechas de nacimiento. Una generación se configura cuando se tienen problemas en común que se expresan en una experiencia alteradora, y en ese sentido, las generaciones se caracterizan, también, por sus movimientos de ruptura: “una generación se constituye cuando el patrimonio legado se disuelve ante el embate de las circunstancias. Un saber transmitido se revela insolvente. Tenemos un problema: de esto no se sabe. Si nos constituimos subjetivamente como agentes de lo problemático del problema, advenimos como generación” (ibid). En una palabra, una generación parece surgir a partir de una experiencia originaria como punto en el que se constituye una nueva sensibilidad, un adoptar un lugar en una escena.

En la dinámica histórica, como lo señala Bauman (2007), las generaciones pueden sucederse, pero también superponerse. De esta manera, el conflicto intergeneracional se expresa en las dinámicas políticas, sociales y culturales de las sociedades en los que se producen. Además, en un mismo momento histórico pueden coexistir -muchas veces en tensión- diferentes maneras de producir juventud y de ser joven (Ghiardo, 2004: 44). Así comprendidos, los jóvenes *son producidos* por el sistema de dominación. En tanto colectivos organizados *producen* -resistencias, prácticas alternativas, creaciones, innovaciones-, y *se producen* -generando estéticas, modos de ser y subjetividades que los singularizan.

Al remarcar la importancia de analizar las expresiones que adquiere la participación política entre los jóvenes remitiéndonos al concepto de generación, nos distanciamos tanto de la consideración de la juventud en clave biológica, como también de la idea de que ésta pueda ser asociada -en tanto parte del ciclo de vida- con una predisposición específica hacia la participación política; ya sea para la mayor implicación juvenil, como hacia la retracción de su compromiso político<sup>4</sup>. En definitiva, nos alejamos de las posturas que remarcan tanto la apatía y el desinterés, como el compromiso y la rebeldía como rasgos distintivos de las juventudes actuales.

En los años noventa, algunas visiones proponían que la denominada crisis de representación se traducía, especialmente entre los jóvenes, en la ausencia de toda forma de organización y acción colectiva. Desde esta óptica, la crisis de la política -entendida como sistema de representación

---

<sup>3</sup> Para ampliar este punto ver Bonvilani et. al (2008)

<sup>4</sup> Por ejemplo, Margulis y Urresti (1996) realizan una crítica a los análisis de la juventud desde las categorías de cesantía, aplazamiento o moratoria vital caracterizándolos como problemáticos y poco productivos para los casos latinoamericanos y más aún si se trabaja con jóvenes de los sectores populares.



institucional y liberal- expresaba, al mismo tiempo, la crisis de la participación política juvenil (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998). Sin embargo, a partir de las investigaciones en las que se basa este artículo, decimos que las nociones de apatía, desinterés o desencanto aludían a la falta de legitimidad y de compromiso entre los jóvenes hacia *determinadas* formas de la política. Es decir, no significó el rechazo a la política como tal -entendida como discurso y como práctica relacionados con la construcción social de lo común-. Entonces, el desinterés, la apatía o desencanto no tienen por qué traducirse en la idea de que las nuevas generaciones no valoraban las cuestiones públicas o, en otras palabras, que se trataba de generaciones despolitizadas.

Por el contrario, los diagnósticos sobre el “alejamiento” podrían permitirnos dar cuenta del modo en que se produjo un distanciamiento de los jóvenes de las prácticas de la política entendida en términos representativos e institucionales. Esto es, la disminución de la participación en prácticas políticas que podemos denominar “clásicas”, así como el alejamiento y la desconfianza hacia las instituciones y actividades convencionales de implicación en la esfera pública. En el mismo sentido, podemos analizar los modos en los que la politización se produjo a través de otro tipo de prácticas o a través de otros canales que se alejaron relativamente de las vías institucionales conocidas de la política.

Es así como la consideración de los jóvenes como generación, nos permite aprehender un conjunto de relaciones sociales y políticas en las cuales éstos se encuentran inmersos, así como también los procesos socio-históricos que constituyen la dinámica del cambio social. La generación incluye así, el contexto de socialización -más amplio- en el cual una determinada cohorte se apropia, y al mismo tiempo resignifica, las prácticas sociales y políticas del mundo en el que habita. Es este proceso de apropiación y modificación lo que posibilita la ruptura y la innovación características de muchas experiencias políticas juveniles.

## **Juventudes y políticas**

Las discusiones teóricas y empíricas acerca de los vínculos entre juventudes y políticas signaron los estudios de juventudes tanto en la Argentina como en América Latina en los últimos años. Así, los diagnósticos de efervescencia o de apatía, o bien, de novedades, alternativas y retornos se suceden y superponen en los trabajos académicos y en los debates públicos. Para avanzar en estas cuestiones creemos necesario abordar las transformaciones que experimentó la política en los últimos treinta años y explorar la diversidad de prácticas, formas organizativas y asociativas, construcciones identitarias y culturales y modalidades de subjetivación política que produjeron los jóvenes en sus experiencias de participación.

Los lugares y las formas de la política tienen diversos modos de expresarse y resolverse: las instituciones político estatales y representativas son unas, como así también los movimientos sociales, en tanto modalidades y colectivos que, por fuera de la institucionalidad estatal vigente persiguen objetivos públicos y construyen modos de disputar dirección y gobierno (Tapia, 2008). Por otra parte, coincidimos con Jelin en que lo político no es un a priori o esencia: diferentes contenidos (incluso algunos considerados tradicionalmente privados o íntimos) pueden asumir carácter público y confrontativo y así politizarse (Jelin, 1989). Podríamos avanzar aún más, y sostener que algunas prácticas culturales juveniles –aún cuando no han sido concebidas como políticas por los actores que las protagonizan- han sido leídas como modos de expresión de politicidad, en tanto “modos de contestar al orden vigente y formas de insertarse socialmente” (Reguillo Cruz, 2003a), o bien de intervenir en el espacio de “lo común” (Nuñez, 2010). Así, prácticas como el arte callejero,

determinados consumos culturales y determinadas expresiones en el marco de las “culturas juveniles” (Reguillo Cruz, 2003a) han revelado, para algunos investigadores, un carácter político.

En trabajos anteriores hemos avanzado sobre estos puntos señalando que la noción de politización permite abordar el proceso de ampliación de las fronteras de lo político que se produjo en la Argentina y en el mundo los últimos cuarenta años. En efecto, la politización de las relaciones y los espacios cotidianos diluyó ciertas fronteras entre lo privado y lo público produciendo un avance de lo público en tanto producción de lo común y territorio de la política. Desde esta mirada, la política es una producción relacional y dinámica, en proceso; y los jóvenes son protagonistas fundamentales de estas transformaciones de las formas de la política, con sus innovaciones y continuidades respecto a modalidades anteriores (Vommaro, 2013a).

Ahora bien, aunque sostenemos que las formas de expresión, producción y práctica de la política pueden multiplicarse y que existen diferentes modos de intervenir en y producir lo público; y partimos de que la política en los jóvenes excede lo instituido, también asumimos que es necesario precisar en qué momentos y situaciones una práctica, una experiencia o una organización se politizan, es decir adquieren carácter público, conflictivo y colectivo. En este sentido, creemos que la politicidad, o la dimensión política de una práctica o producción, es más una hipótesis, un punto de llegada, que un supuesto de partida. Así, pensamos la politicidad también en términos de la potencialidad política que pueden conllevar las prácticas culturales juveniles. En este sentido, retomamos las propuestas realizadas por Bonvilliani *et. al* (2008: 28) que sostienen: “la politización es un potencial u horizonte constitutivo de cualquier vínculo social. Sin embargo, para atribuirle carácter político a un colectivo y a un sistema de prácticas sociales, consideramos que es preciso reconocer, al menos, cuatro aspectos: 1) que se produzca a partir de la organización colectiva; 2) que tenga un grado de visibilidad pública (ya sea de un sujeto, de una acción o de una demanda); 3) que reconozca un antagonista a partir del cual la organización adquiere el potencial político; 4) que se formule o una demanda o reclamo que, por lo dicho, adquiera un carácter público y contencioso”.

A partir de lo dicho, sostenemos que en el período que analizamos aquí es posible observar entre los jóvenes un doble desplazamiento. En primer lugar, desde las formas clásicas de organización y participación política hacia otro tipo de espacios y prácticas en los que no sólo no rechazaban la política, sino que se politizaban sobre la base de la impugnación de los mecanismos delegativos de participación y toma de decisiones. Este es el movimiento que signó los años ochenta y –más fuertemente- noventa (podríamos fecharlo en el período 1983-2002/3). En segundo lugar, una trayectoria que marca una nueva parábola de recomposición de la política partidaria e institucional centrada en el Estado; un reencantamiento con lo público estatal y con las formas clásicas de participación política. Es decir, el surgimiento de organizaciones que se nombran o autoperciben como juveniles, que se constituyen desde o en diálogo fluido con el Estado y encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos (que denominan progresistas o populares) espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos están vinculados a juventudes partidarias y que en todos los casos se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan (Rodríguez, 2012). Esta es la dinámica que marca el proceso de recomposición que caracterizó a la Argentina luego de 2003. Sin embargo, este regreso de la política vinculada a los partidos y a los canales institucionales propuestos desde el Estado no será una réplica de momentos anteriores. Al contrario, se asentará sobre nuevas bases caracterizadas por dos nociones fundamentales: territorio y politización.

En definitiva, intentando distanciarnos de las miradas esencialistas de la juventud –como mencionáramos-, en este trabajo pensamos a los jóvenes como sujetos activos y potentes para de este

modo analizar sus posibilidades y sus producciones contextualizadas. De esta manera, proponemos un análisis centrado en su protagonismo político, en el marco de las particulares condiciones sociohistóricas que experimentaron y en las que han intervenido de determinadas maneras. Al concebir las juventudes a partir de la noción de generaciones y al resaltar su dimensión relacional, es ineludible asumir también el vínculo que se establece con otras generaciones, es decir las dinámicas intergeneracionales. De este modo, asumiendo la diversidad de lo político, pero planteando una hipótesis de delimitación, en las secciones siguientes mostraremos las características y las formas en la que los jóvenes intentaron, se involucraron, construyeron e hicieron política en estos treinta años de democracia en la Argentina.

## **Estudiando las juventudes**

Antes de avanzar en las producciones políticas de los jóvenes, retomaremos a Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro (2010), quienes, para realizar un rápido recorrido por los trabajos académicos del período que pensaron la emergencia del sujeto juvenil en la Argentina de la democracia, realizan una periodización sobre las formas de participación y presencia pública de las juventudes. En el artículo citado, y retomando propuestas de Chaves (2006), los autores proponen tres momentos para abordar la producción académica sobre lo jóvenes que siguen los cambios políticos, económicos y sociales del período.

Un primer momento se delimita desde la restauración democrática hasta el fin del gobierno de Alfonsín (1984–1989). Para ellos, 1989 marcó un momento de quiebre respecto de las expectativas construidas en torno a la posibilidad de consolidar un modelo estable de democracia y bienestar social que resuelva la cuestión social pendiente y abierta por la dictadura. La vuelta de la democracia era interpretada como oportunidad para “restituir la política en su lugar”. Fue así como se definieron los contornos de la “buena política”, cuyo actor principal era el ciudadano; el acto político por excelencia fue la participación en los actos electorarios, a la vez que la representación política debía canalizarse por los partidos políticos (Merklen, 2005).

Un segundo período relevante para este análisis lo ubican en lo que denominan “la larga década neoliberal” (1989-2001). En este período, y en el siguiente, se hicieron evidentes los límites de la idea que había primado en el período de la transición democrática. La democracia, lejos de haber puesto “la política en su lugar”, iba mostrando el abismo creciente entre las opiniones de los ciudadanos y las instituciones políticas, la falta de credibilidad hacia los políticos y la baja estima hacia los procedimientos partidarios para seleccionar candidatos capaces de representar al electorado (Novaro, 1995). De ahí la importancia que cobra la emergencia de modalidades de organización colectiva y participación política por fuera de las vías institucionales de implicación con la política, creándose nuevos repertorios de movilización social, demandas y actores político-sociales. De este modo, se mostraron los límites del concepto de ciudadanía como vía de participación e implicación en la vida pública (Merklen, 2005).

En esta etapa los autores señalan la visibilización de los efectos de la profundización de las políticas neoliberales en diferentes planos: social, político, educativo, laboral, económico, entre otros. Este período estalló en 2001 cuando se produjeron las jornadas del 19 y 20 de diciembre, que expresaron las consecuencias sociales de lo que se denominó “sociedad excluyente” (Svampa, 2006), como también los límites del sistema institucional tradicional para procesar las demandas de los actores movilizados.

Finalmente, el trabajo de Bonvillani et al (2010) contempla el período post crisis de 2001 hasta la actualidad. Y proponen subdividirlo en dos momentos. En el primero, continúa el ciclo de movilización anterior a la crisis, que culmina con la denominada Masacre del Puente Pueyrredón, el 26 de junio de 2002, en la que fueron asesinados dos jóvenes piqueteros. El segundo se inicia con la gestión de Néstor Kirchner (2003-2007) y continúa hasta la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner y se caracteriza por una relativa recreación de la legitimidad gubernamental y la búsqueda por promover una suerte de vuelta a la institucionalidad.

### **Jóvenes ciudadanos: 1983 - 1989**

El gobierno de la transición asumió como desafío construir una cultura política democrática. Así, la democracia fue concebida como un conjunto de instituciones fundadas en el Estado de derecho, en las instituciones republicanas y por ende, en el sufragio y el funcionamiento de los partidos como el mecanismo de participación por excelencia. En definitiva, la “buena política” implicaba la figura del ciudadano (Merklen, 2005).

El primer rasgo saliente en torno al vínculo entre política y juventudes es que todos los partidos vieron nutridas sus filas por militantes jóvenes, muchos de los cuales hicieron su primera experiencia en política en estos años. La juventud “oficialista” –principalmente de la Junta Coordinadora- tuvo en la gestión de gobierno un protagonismo privilegiado: ocuparon puestos clave en el Estado y en roles legislativos y ministeriales. Estos jóvenes fueron el núcleo más dinámico del alfonsinismo. Durante las elecciones de 1983, se constituyeron como la principal herramienta de reclutamiento y organización del partido, provocando el rejuvenecimiento de sus bases y el estallido de afiliaciones individuales y actos masivos.

En una vocación fundacional, la gestión alfonsinista se propuso democratizar las instituciones y llamó especialmente a la juventud a construir la democracia en diversos ámbitos. Se derogó la ley universitaria vigente y se restablecieron los estatutos universitarios promulgados antes de 1966. Muchas universidades, a partir de recuperar su autonomía, establecieron el ingreso irrestricto, por lo que la cantidad de estudiantes universitarios aumentó de aproximadamente 416.000 en 1983 a más de 700.000 en 1986. Por supuesto, la apertura universitaria implicó la vuelta de la política estudiantil. La vida de los Centros de Estudiantes se organizó en agrupaciones vinculadas fuertemente con los partidos políticos. Franja Morada, ligada a la Unión Cívica Radical (UCR), fue la principal agrupación universitaria, que mantuvo su hegemonía frente a la izquierda y al peronismo en la mayoría de los centros de estudiantes hasta 1987. En este contexto, la derecha estuvo también representada, y la agrupación universitaria “UPAU” (expresión juvenil de la Unión del Centro Democrático) se postulaba como una nueva forma de hacer política, poniendo en primer plano la cuestión de los asuntos específicamente estudiantiles: condiciones de cursada, bienestar estudiantil, entre otros.

En las escuelas secundarias se reabrieron los centros de estudiantes –prohibidos por la dictadura- y se produjeron normativas específicas para regular su funcionamiento<sup>5</sup>, acorde con los nuevos tiempos: desde la política educativa se trataba de promover una cultura ciudadana, siendo la escuela el espacio por excelencia para el *aprendizaje* democrático (Enrique, 2011; Larrondo, 2013). Según Berguier, Hecker y Schiffrin (1986), el retorno democrático impulsó la conformación masiva de centros de estudiantes –al menos en el área metropolitana-, estando representadas tanto las

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, las resoluciones del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, (3/84 y 7/84) y diversas circulares de la misma institución; y la Resolución 4299/84 de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires.

juventudes partidarias como los participantes independientes. Sin embargo, no necesariamente todas las formas de participación eran promovidas y “aprobadas” para los adolescentes. Las normativas incentivaban la formación de centros de estudiantes, pero establecían explícitamente que debían quedar exentos de política partidaria. Las actividades de los centros de estudiantes deberían privilegiar las acciones solidarias, la gestión de mejoras para la escuela, el cuidado del medio ambiente y la puesta en práctica de mecanismos democráticos y participativos para tomar estas decisiones. La contratara de dicha concepción de la “buena participación” destinada a los adolescentes fue que, claramente, sólo había una forma legítima de participar en el ámbito escolar. Como bien sintetiza Enrique (2011): “La democratización de la escuela secundaria formó parte de un proyecto político más amplio que depositaba en ésta, entre otras instituciones como las universidades, los sindicatos, el parlamento y los partidos políticos, la tarea de contribuir a refundar la ‘cultura política’ argentina. Para ello la escuela debía aportar a la instauración de un nuevo modelo de “civismo democrático” con identidades políticas acordes a la nueva época. Se trataba de dejar en el pasado tanto al sujeto heterónimo y pasivo moldeado por los gobiernos autoritarios como al criticismo radicalizado del sujeto revolucionario de los inicios de los setenta y fomentar un perfil de sujeto moderado, tolerante, educado, participativo, con valores éticos”. De este modo, los Centros de Estudiantes constituyeron una de las vías privilegiadas a través de las cuales el gobierno intentó llegar a las zonas más profundas de la socialización política de los jóvenes y producir fuertes identificaciones con los valores del liberalismo político y con el nuevo modelo de ‘civismo democrático’” (2011: 85). Este intento de limitar la política fue resistido por la Federación de Estudiantes Secundarios Metropolitana, que en la denominada “Marcha por la Libre Agremiación” en 1984, reclamaron mayores márgenes de libertad para ejercer actividades gremiales. Diversas movilizaciones estudiantiles se sucedieron durante ese año y el siguiente con la misma demanda.<sup>6</sup>

La formación de la CONADEP<sup>7</sup> y el denominado Juicio a las Juntas mostraron el horror de la dictadura, a la vez que la legitimidad de la justicia republicana y constitucional. Ese proceso conmovió especialmente a los jóvenes y emergieron un conjunto de significados que fueron estructurantes de su participación: los derechos humanos se convertirían en una de sus banderas. Esto se vio reflejado en la multitudinaria participación juvenil en las dos marchas convocadas por organismos de derechos humanos en 1985. Asimismo, en dicho contexto se conoce –más masivamente- el episodio de “La noche de los lápices”, el cual se convertirá en un emblema del movimiento estudiantil secundario. La lectura e interpretación de los hechos estará ligado a los artefactos de memoria que posibilitaron su conocimiento y su narración: el libro, la película y – fuertemente-, el testimonio de Pablo Díaz (Lorenz, 2004). Estos dispositivos configuraron una memoria en torno al acontecimiento que permitió resignificarlo de un modo determinado (Lorenz, 2004). La película dirigida por Héctor Olivera y su peculiar guión contribuyó a la construcción de un relato donde el compromiso político de los jóvenes desaparecidos, vinculado en algunos casos con organizaciones armadas, fue desplazado por la figura de una lucha puramente estudiantil. Así, el episodio se constituyó como un emblema de la arbitrariedad y la brutalidad de la dictadura, y para ello fue fundamental resaltar la “inocencia” de las víctimas y de simplificar su militancia en torno a un reclamo legítimo, despolitizado y hasta “obvio”: el boleto estudiantil. Lorenz brinda la siguiente explicación: el énfasis en la necesidad de condenar la violencia del terrorismo de Estado subsumió,

---

<sup>6</sup> También solicitaban aumento del presupuesto educativo (en ocasiones, enlazado al no pago de la deuda), carnet estudiantil, entre otras demandas puntuales vinculadas a lo pedagógico, como la discusión de planes de estudio nuevos (Cfr. Larrondo, 2013; Enrique, 2011).

<sup>7</sup> La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas fue creada por el presidente Raúl Alfonsín el 15 de diciembre de 1983 con la misión de investigar y recopilar los crímenes de la dictadura cívico militar. El informe de esta Comisión se publicó con el nombre de *Nunca Más*.

en alguna medida, el compromiso político de aquellos jóvenes a la figura de “jóvenes idealistas”. En síntesis, el resultado fue, en la década de 1980, la consolidación de “una interpretación emblemática de la represión a los jóvenes, donde es central la inocencia de las víctimas. Se consolidó así un modelo de denuncia que enfatiza lo aberrante de los crímenes de la dictadura, por encima de la discusión de la situación histórica y política que los hizo posibles. Esa visión dominante de *La noche de los lápices* se mantuvo y consolidó a lo largo de los años, llegando a la actualidad” (Lorenz, 2004: 112).

No obstante, las marchas y conmemoraciones en torno a la fecha pueden ser leídas como una oportunidad organizativa e identitaria para las organizaciones estudiantiles. Año a año, los actos por “La noche de los lápices” no sólo las hacen visibles en el espacio público; asimismo las organizaciones estudiantiles van a enlazar al “deber de memoria” y al pedido de justicia, el planteo de sus demandas educativas específicas. “Levantar las banderas” implicará desde entonces, trazar un paralelismo entre la lucha por el boleto estudiantil y “las propias luchas del hoy”. Éstas se resignificarán en las distintas coyunturas pero adquirirán un peculiar carácter confrontativo en los tiempos de la reforma educativa de los noventa (Larrondo, 2013).

Por otra parte, la apertura democrática generó una multiplicación y un “destape” de expresiones culturales de todo tipo. El rock nacional fue leído por algunos investigadores como un movimiento en tanto excedía lo musical y se conformaba como un espacio de participación y de politización juvenil (Vila, 1989). En tiempos del terrorismo de Estado, este espacio –junto con las peregrinaciones a Luján- parecía ser casi el único posible en el contexto de la dictadura. En el retorno democrático, sostiene el autor, este movimiento cultural se vio desafiado en tanto su papel a ocupar. Por un lado, el recital como ámbito de encuentro y contestación dejará de tener un rol privilegiado de expresión de la politicidad juvenil y la “crítica a lo establecido”. Por otro lado, se diversificó la oferta artística y se multiplicaron los seguidores. El riesgo de la “comercialización”, advertido por algunos artistas, haría perder la mística y la actitud rockera, generándose un circuito *under*. Comienzan a distinguirse aquellas bandas con el objetivo de “divertir” y aquellas que plantean como irrenunciable la función crítica del rock. En definitiva, si bien el rock va a “competir” con otros espacios participativos (incluidos los políticos), para muchos jóvenes continuará siendo un auténtico –y en ocasiones, exclusivo- modo de vida (Vila, 1989).

Tras los primeros años de democracia, los alzamientos militares, las protestas sociales y sindicales, la hiperinflación y el consecuente deterioro de las condiciones de vida minaron la gobernabilidad y la legitimidad del gobierno. Se sumó a ello la desilusión y el retroceso en los derechos humanos tras la aprobación de las leyes denominadas de Obediencia debida y Punto final. En definitiva, todas o casi todas las promesas de la democracia quedaban incumplidas. La entrega anticipada del poder en 1989 a Carlos Menem marcará el inicio de una nueva época y, en particular, de una nueva relación de los jóvenes con la política.

Esta nueva época fue haciéndose evidente desde las primeras medidas de gobierno menemista. Los rasgos privatistas fueron inmediatamente captados por las juventudes políticas. El nuevo modelo económico “barría” aspectos fundamentales de toda la cultura política argentina, especialmente los derechos adquiridos fuertemente arraigados no sólo en la vida cotidiana de las personas sino en sus valores. Una de las amenazas más “evidentes” en este sentido fue la reforma educativa, que fue percibida muy tempranamente como un atentado al carácter público –y fundamentalmente, gratuito- de la educación. El peronismo se vio jaqueado en su identidad y sus demandas históricas. La UCR, desprestigiada por la experiencia hiperinflacionaria y la “claudicación” en torno a la justicia por el terrorismo de Estado, sufrió también una crisis en cuanto a su capacidad representativa. La izquierda

argentina atravesaba una importante fragmentación tras la muerte de Nahuel Moreno en 1987 y a raíz de las diferentes interpretaciones y posicionamientos en torno a la crisis del comunismo a nivel mundial.

Particularmente, la juventud militante de distintos signos políticos sufrió una gran desilusión y muchos de jóvenes se alejaron de sus partidos de origen. Las denominadas crisis de representación y crisis de las identidades políticas se vieron reflejadas también en la pérdida de credibilidad de los liderazgos políticos. Parece interesante en este sentido, recuperar a modo de síntesis las palabras de Ariel, un militante de la juventud peronista platense en esta época, quien relata –en una entrevista realizada por Larrondo (2013)- su mirada sobre lo ocurrido tras lo que percibió como la “traición al movimiento nacional y popular”: “Nosotros como militantes peronistas en algún punto íbamos a descubrir que lo de Menem era traición, que lo de Menem no tenía nada que ver con nuestra historia, con las banderas históricas del peronismo, las tres banderas históricas. Más tarde, más temprano, de una manera o de otra manera y eso también, a los que veníamos militando nos desperdigó por distintos lados porque algunos siguieron militando dentro del Partido Justicialista, yendo a la interna, acumulando adentro; y otros fuimos afuera y los que fuimos afuera probamos distintas alternativas: Ubaldini gobernador, tirar piedras, algunos fueron a Quebracho o a formaciones parecidas, otros al FREPASO, yo pasé por el Frepaso. Pero nunca com... nosotros nunca compramos FREPASO del todo, siempre nos pareció un lugar... me acuerdo que utilizábamos esta expresión: ‘un lugar desde el cual cabalgar la transición’, así, ‘cabalgar la transición’, decíamos. (...) Yo nunca dejé la militancia. Eh, pero los noventa fueron eso: no encontrar un lugar, ¿viste?, cuando tenías una identidad muy fuerte... nosotros teníamos una identidad muy fuerte...” (Larrondo, 2013).

A propósito de los cambios que sobrevendrían en la militancia universitaria, Picotto y Vommaro (2010) realizan un diagnóstico que coincide con la vivencia –personal y militante- de Ariel, pero que también resulta válido para dar cuenta de la situación de la militancia joven en general: “1989 no sólo marcará las crisis puntuales de estas diversas formas políticas, sino que el quiebre será aún mayor: será todo un modelo de militancia partidaria (sea “burguesa” y “democrática”, o sea “proletaria” y “revolucionaria”) lo que entrará en profunda crisis (...) Así llegamos a los años noventa, con una militancia, primero destrozada por la dictadura militar y, luego, desilusionada y en crisis, sin espacios estables para militar y sin “modelo revolucionario” al que recurrir. Muchos abandonarán la militancia activa y se mantendrán a la espera de nuevas configuraciones políticas. Otros, en cambio, se refugiarán en múltiples militancias de base (en los barrios, en los sindicatos, en la Universidad) desde las cuales, “a la defensiva”, intentarán resistir un proyecto neoliberal cada vez más sólido y excluyente. “A la defensiva” implica, en principio, concebir sus nuevos espacios de militancia como refugio, como trinchera, como un espacio que ofrece resguardo mientras se espera un nuevo “modelo” y un nuevo “espacio orgánico-partidario” de militancia. Pero el quiebre ha sido profundo y, lentamente, se evidencian nuevas condiciones que será necesario asumir” (Picotto y Vommaro, 2010: 153).

De esta manera, podríamos sintetizar la dinámica de este período planteando que la vuelta de la democracia en 1983 abrió múltiples expectativas en cuanto a la posibilidad de retornar a un Estado de derecho que permitiera poner fin a la brutal represión y, como sostiene Merklen (2005), constituyó una oportunidad para “restituir la política en su lugar”. Fue así como se definieron los contornos de la “buena política” cuyo actor principal era el ciudadano, el acto político por excelencia, la participación electoral a través del voto, y la representación sería articulada a partir de los partidos políticos.

Esto es lo que permite comprender la intensa participación política en partidos durante los primeros años de la democracia. Fueron especialmente los jóvenes aquellos que más compromiso mostraron en cuanto a las formas democráticas de participación. Por un tiempo, entonces, para muchos jóvenes la política podía ser entendida como sinónimo de participación en las instancias de una democracia representativa (Sidicaro, 1998).

Sin embargo, la idea de que la democracia pondría “la política en su lugar” mostró rápidamente sus limitaciones. Esto se evidenció en el “abismo creciente entre las opiniones e intereses de las personas y las instituciones políticas, la muy baja estima en que se tenía a los políticos y la política, y en especial a los procedimientos partidarios para seleccionar candidatos y tomar decisiones y a cierta sensación general de que las expectativas depositadas en los representantes habían sido, y volverían a ser una y otra vez, defraudadas” (Novaro, 1995: 96).

### **De desilusiones, creaciones y resistencias: la participación política juvenil en la larga década neoliberal (1989-2001)**

Las “nuevas condiciones que será necesario asumir”, que planteaban Picotto y Vommaro (2010), anticipan entonces el derrotero del vínculo entre juventudes y políticas que encontraremos en esta época. La pregunta podría legítimamente hacerse en estos términos: ¿cómo asumieron los jóvenes las condiciones de una sociedad cada vez más excluyente en el marco de un estallido de las identidades políticas y de una crisis de la militancia partidaria?

Este momento, además, coincide con el surgimiento de un campo de investigación académica sobre la juventud en la medida en que se visibilizan las “problemáticas juveniles” (Bonvillani et al, 2010; Chaves, 2006). Como adelantáramos, la década de 1990 había sido leída inicialmente como un momento de crisis de los vínculos entre el sistema representativo formal y la ciudadanía. A su vez, y no sólo como envés de la trama anterior, podemos analizar estos años como una época de ensayo y emergencia de prácticas políticas disruptivas y alternativas. Las investigaciones sobre participación política de los jóvenes dialogan y se entrecruzan con los estudios sobre prácticas estéticas y culturales juveniles conformadoras de grupalidades, donde se analizan no solamente las “culturas juveniles” sino nuevas formas de “politicidad” juvenil. De este modo, el diagnóstico producido por reconocidos investigadores acerca del rechazo hacia la política por parte de los jóvenes (Urresti, 2000; Ballardini, 2000; Sidicaro, 1998; Tenti, 1998) fue relativizado posteriormente por dos tipos de hallazgos.

Por un lado, desde una concepción amplia de la política, otros investigadores destacaban la “politicidad” de ciertas prácticas culturales de la juventud (Reguillo Cruz, 2003b; Chaves, 2006). Por otro lado, se daba cuenta de la emergencia de nuevas formas de hacer política por parte de los jóvenes (Bonvilliani et al, 2010; Vázquez y Vommaro, 2008; Vommaro, 2009 y 2010). Se observa la emergencia de colectivos juveniles que a partir de su inserción en organizaciones de derechos humanos, agrupaciones estudiantiles universitarias, artísticas o periodísticas participan políticamente de modo activo y con formatos novedosos. Estos colectivos se distancian y rechazan vínculos con los partidos políticos, sindicatos o iglesias, y se organizan a partir de vínculos horizontales, propugnando mecanismos asamblearios de toma de decisiones e interviniendo en la escena pública mediante la acción directa. Es el caso de la agrupación HIJOS (Bonaldi, 2006); los jóvenes piqueteros (Vázquez, 2008); las agrupaciones universitarias independientes surgidas en las universidades nacionales en los noventa (Vommaro y Picotto, 2010); los bachilleratos populares surgidos en movimientos territoriales o fábricas recuperadas (Elisalde, 2007). Estos modos de participación política juvenil deben comprenderse en el contexto de la emergencia de movimientos sociales que



surgieron también en la década de 1990, portadores de una “nueva narrativa política que proclama de modo imperativo la opción de “autonomía”, desburocratización y democratización” (Svampa, 2008).

En definitiva, en este escenario de cambio y desilusiones y la imperiosa necesidad de resistir a políticas excluyentes, los jóvenes mostraron su capacidad de crear modalidades de compromiso y de participación política por fuera y en directo cuestionamiento a las vías institucionales tradicionales. En este punto, quisiéramos hacer referencia específicamente, a cinco de ellas que dan muestra de estas “novedades” identitarias y organizativas.

a) **Los jóvenes piqueteros y los movimientos de base territorial.** Los nacientes Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs) fueron organizaciones con un alto protagonismo juvenil. Por eso, la dimensión generacional es una vía de ingreso para la comprensión de estas experiencias. Estas organizaciones surgieron en espacios barriales –aunque algunos de sus integrantes venían también del ámbito universitario–, donde comenzaron a esbozar nociones como las de *autonomía* y *horizontalidad*. En un comienzo, dichas nociones se constituyeron en una suerte de guía para la acción, surgidas más que nada a partir de un conjunto de intuiciones que definían qué era lo que se rechazaba; pero aparecía menos claro aquello que se quería construir. Justamente en esta búsqueda y en este rechazo, las agrupaciones juveniles comenzaron a definirse como independientes no sólo de los partidos, los sindicatos y el Estado, sino además de las modalidades de deliberación y toma de decisiones sostenidas por aquéllos. Se buscaron formas de funcionamiento interno básicamente asamblearias, a partir de las cuales se intentaba anular la construcción de jerarquías internas y promover el ejercicio de la democracia directa, promoviendo la participación del colectivo en el proceso de toma de decisiones y rechazando las formas delegativas y representativas de la política. En relación con esto, se pretendía fortalecer la formación política de sus integrantes a partir de la reflexión sobre la práctica concreta que estaban desarrollando y de la constitución de grupos o comunidades de pertenencia basados en el despliegue de vínculos y de afectos. Se trataba de una práctica política que se superponía, deliberadamente, con la vida cotidiana de sus miembros. Asimismo, ella se desarrollaba a partir de un tipo de intervención disruptiva, donde cobraba centralidad la acción directa. El *escrache* que instituyó HIJOS (Bonaldi, 2006 y Zibechi, 1997 y 2003) y el *corte de ruta* (o piquete) que instauraron los Movimientos de Trabajadores Desocupados expresaron un tipo de acción en el que la apropiación del espacio público sin mediaciones de algún tipo son centrales en este sentido (Vázquez y Vommaro, 2008; Zibechi, 2003).

b) **HIJOS.** La creación de HIJOS, entre 1994 y 1995, representó irrupción en la vida pública de una nueva forma de militancia en el ámbito de los derechos humanos. Por un lado, implicó la visibilización de los jóvenes quienes no sólo reclamaban justicia, sino que reivindicaban la lucha de sus padres (Bonaldi, 2006.). Así, la agrupación comenzó a intervenir públicamente. No sólo en actos y marchas, sino a partir de una manera de protesta y de intervención simbólica y política novedosa: los “escraches”. Dado que la justicia no podía juzgar y condenar a los culpables, HIJOS se propuso promover la “condena social”. Es decir, ante la libertad de los genocidas y sus cómplices los escraches buscaban identificar a los genocidas, que la sociedad entera supiera quiénes eran, qué habían hecho, cómo lo habían hecho y quiénes habían sido sus víctimas. La intervención consistía en identificar el domicilio o lugar de trabajo de un genocida o cómplice, informar a sus vecinos quién era y qué había hecho, y generalmente hacían un acto, que incluía pegatinas de fotos, pintadas y representaciones teatrales (murga, circo, etc). El papel de HIJOS en el conjunto de organismos de Derechos Humanos representó y representa una voz muy importante, ha sido durante esta década fundamental en el dar a conocer a la sociedad –y especialmente a otros jóvenes– el alcance de los crímenes del terrorismo de Estado, sosteniendo el incesante pedido de justicia. El escrache como repertorio de acción, fue tomado por otras organizaciones, y es representativo además de otras modalidades de intervención en

el espacio público que surgieron en esta época, como el basurazo, los cortes de calle, los “abrazos”, entre otros (Schuster *et. al*, 2006).

c) **El Colectivo 501.** Este colectivo estaba conformado por un conjunto de jóvenes en el que tuvieron una fuerte presencia integrantes de agrupaciones estudiantiles independientes de la UBA. A inicios de 1999, este colectivo comenzó a reunirse para pensar prácticas políticas *más allá del voto*. Luego de extensas discusiones acerca de cómo y cuáles serían las expresiones alternativas de participación política que llevarían a cabo, deciden hacer uso del Código Electoral Nacional, que exime de la obligación de votar a quienes se encuentran a más de 500 kilómetros de su domicilio legal. Resuelven entonces tomar un tren que los sitúe más allá de la obligación de concurrir al acto eleccionario, más allá del voto, en el kilómetro 501. Si bien el efecto inmediato de esta acción disruptiva era el sustraerse de la obligación del sufragio, el problema político que se planteaba no era únicamente electoral. No se trataba sólo de estar a favor o en contra, de participar o no participar de las elecciones, de apoyar a un candidato o candidata, de proponer a otro u otra o incitar al voto en blanco o nulo. Se trataba de la creación de una práctica política que impugnaba la restricción de la misma a un concepto democrático liberal, donde el voto expresa el acto ciudadano por definición. Por otra parte, el significado de esta experiencia expresa un modo de desobediencia -de rebelión- que no se sustenta en la confrontación directa sino en el éxodo, en el correrse de una situación (electoral) rompiendo las pautas que ésta propone. Así, a la tristeza, a la escasa intensidad de la participación político-electoral, y al sacrificio de la lucha que sostenían los partidos de izquierda, este grupo opone un éxodo alegre, festivo, intenso, juvenil. El 501 mostró una apuesta política por lo creativo, por lo experimental. Es significativo mencionar que el voto en blanco e impugnado fue uno de los elementos más llamativos tanto de la elección de 1999 como de las legislativas de octubre de 2001, donde el denominado “voto bronca” ascendió al 20% del electorado.

d) **Resistencia a la violencia policial.** Durante estos años surgieron nuevos organismos de derechos humanos vinculados a la denuncia contra las víctimas del gatillo fácil y la represión policial e institucional. El más significativo fue la CORREPI (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional). Los casos más resonantes de esta violencia estatal tuvieron como víctimas a jóvenes y adolescentes. Prácticas como la *razzia*, los operativos y detenciones por averiguación de antecedentes, torturas y actos discriminatorios nos llevan a concluir que durante estos años parecía haber una clara criminalización de la juventud, y más aún, en el caso de los jóvenes pobres. Las acciones de protesta (marchas del silencio, movilizaciones) tuvieron entre los jóvenes protagonistas privilegiados. (Larrondo, 2013, Manzano, 2011). Asimismo, fue emergiendo un discurso contra este tipo de violencia, de una politicidad evidente. Éste formó parte de una de las manifestaciones culturales más relevantes para los jóvenes durante esta década: el rock nacional, que adquiría nuevas características musicales y narrativas. Autores como Semán y Vila (1999) o Citro (2008), muestran que se configura un “discurso antiyuta” no sólo en las letras de las canciones, sino en los recitales (y sus “cantitos”) en tanto rituales. Por otra parte, en ocasiones, la protesta y la reivindicación se unían, por ejemplo, en los festivales y recitales organizados por la CORREPI, HIJOS y otros organismos de derechos humanos de existencia anterior.

e) **Las expresiones artísticas en los barrios: el rock barrial, la cumbia y el arte callejero.** Las formas alternativas de expresión juvenil también se manifestaron en formas de arte popular que surgieron o crecieron en los barrios, sobre todo de los suburbios de las grandes ciudades (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Tucumán, entre otras). En general estas manifestaciones artísticas tenían dos rasgos que nos interesa destacar: un fuerte arraigo territorial que las ligaba al lugar en el cual habían surgido, y un contenido de protesta, disruptivo o que denunciaba los problemas sociales más graves del momento. Un ejemplo de ello fue el Grupo de Arte Callejero (GAC), conformado en

1997. Este colectivo realizó numerosas y visibles intervenciones urbanas, muchas de ellas articuladas con el accionar público de HIJOS. En síntesis: acción directa, espacio público, arte y estética volvían a confluír en las prácticas políticas de los jóvenes.

f) **Defender la educación.** El proceso conocido como reforma educativa de los noventa —el cual incluyó la sanción de una nueva ley de educación—, afectó a todos los niveles de enseñanza, a la estructura de gradualidad del sistema educativo, y también a la estructura de su financiamiento. Comúnmente, suele asociarse a dicha reforma solamente con la sanción de una nueva norma. Sin embargo, fueron los recortes presupuestarios en salarios docentes, la transferencia de los servicios de educación media, técnica y terciaria a las provincias —sin la transferencia de los recursos necesarios para afrontarlas— la generación de mecanismos de medición de la “productividad” en las universidades, entre otras políticas, lo que constituyó el proceso de aplicación de una racionalidad neoliberal al sistema educativo. Es importante destacar que si bien la gratuidad no fue modificada, y no se pusieron en marcha mecanismos como los sistemas *voucher* (es decir, el financiamiento a la demanda), estas cuestiones y “propuestas” sí estaban en la agenda estatal, vinculadas a *think tanks* que los promovían fuertemente. Es posible sostener que la lógica de mercado no fue implementada hasta las últimas consecuencias gracias a la fuerte resistencia del sector educativo. La reforma neoliberal fue enfrentada por los sindicatos docentes, pero también por los jóvenes organizados tanto en los centros de estudiantes secundarios, como en las universidades. Marchas, jornadas de protesta, tomas de universidades se sucedieron a lo largo de todo el país durante estos años. Según el trabajo de Schuster *et. al* (2006: 39-40), durante el período 1989-2003 se registraron 5286 acciones de protesta, y la mayor cantidad de ellas fueron realizadas por sindicatos, y dentro de ellos, los sindicatos de trabajadores de la educación. Así, “los sectores sindicales que promovieron la mayor cantidad de protestas en los años noventa fueron los sindicatos de educación (34%), administración pública (22%) y otros servicios (23%)” (Schuster, 2006: 40). Ahora bien, el mismo informe destaca que luego de las protestas sindicales, los actores que protagonizaron mayor cantidad de protestas fueron los denominadas “civiles”. Dentro de ellas, el segundo actor que más protestó fue el estudiantil, que incluye estudiantes universitarios, terciarios y secundarios. Los autores concluyen que el movimiento estudiantil se ha movilizado más que otros tipos de organizaciones civiles. Esta movilización se dio además, en el contexto de cambios en las lógicas de organización estudiantil. Es posible sostener que los partidos políticos perdieron fuerza en la construcción de las identidades políticas estudiantiles y en sus formas organizativas (principalmente, centros de estudiantes y federaciones). En cambio, emergieron nuevas formas de representación estudiantil, basadas en la independencia de organizaciones partidarias, la construcción de nuevas demandas y narrativas identificatorias y canales de expresión. Dicho proceso se dio tanto en el sector universitario como en los secundarios.

Las diversas experiencias que hemos presentado no son más que algunas de las expresiones de la denominada “rebelión juvenil de los noventa” (Zibechi, 1997). En éstas, podemos observar la conformación de nuevos actores, formas organizativas, definiciones y presentación pública que, aunque “desencantadas”, no dejan de mostrar experiencias de politización relevantes en las cuales los jóvenes y las jóvenes han sido protagonistas.

Los diferentes casos nos permiten comprender un “aire de época” entre las juventudes, la creación de problemas comunes a partir de los cuales se producen diferentes (aunque también semejantes) experiencias de subjetivación política. Así, podemos identificar algunos rasgos comunes de estas experiencias de impugnación de la política a partir de la reinención de la misma: la problematización en torno a la representación, como disparador para el desarrollo de otro tipo de mecanismos de toma de decisiones (asamblearios, horizontales, no delegativos), la incorporación como reflexión política del lazo que aquélla cimienta entre quienes conforman un “nosotros”, y la

experimentación en torno a formas de protesta, confrontación o escenificación en la escena pública, que operan en tanto constitutivas de una nueva identidad política.

### **La crisis y las “dos nuevas muertes”: 2001-2002**

El ciclo de agotamiento del modelo de la convertibilidad, acompañado de un fuerte endeudamiento externo e indicadores sociales más que críticos, culminó -como es conocido- en una crisis sin precedentes. Durante el transcurso del año 2001, se anunciaron recortes al sector universitario, de salud y docente, a salarios de jubilados y trabajadores estatales, y a los planes de ayuda social. Estas medidas implementadas entre los meses de marzo y agosto generaron una importante oleada de protestas y movilizaciones de organizaciones sociales. Los jóvenes fueron protagonistas, tanto mediante su participación “espontánea” como en sus organizaciones (piqueteros, estudiantiles, civiles, entre otras). El estallido de diciembre de 2001, caracterizado por saqueos y protestas en todo el país, fue foco de una fuerte violencia represiva estatal. De los 33 muertos por la represión policial-estatal, 27 tenían entre 13 y 30 años.

Si la organización popular para resistir, proponer alternativas y subsistir venía desarrollándose en los barrios, luego de las jornadas de diciembre, los sectores medios urbanos comienzan a ensayar formas de participación “alternativa”. Las asambleas barriales formadas en la ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires –principalmente-, pero también en las ciudades del interior del país fueron muy concurridas durante el primer año y medio. Allí se gestaron formas consideradas novedosas de deliberación y participación pública no estatal, ancladas en la figura del “vecino” (Hadad, Comelli y Petz, 2012), y unificadas en torno al rechazo hacia “los políticos”. Estos espacios tenían una vocación de generar formas de democracia y política “genuinas”; recuperando una esfera de lo colectivo a la que se diagnosticaba destruida luego de la experiencia neoliberal. Cada asamblea fue emprendiendo diferentes proyectos, vinculados a mejorar las condiciones de vida de los barrios y también a acciones solidarias. Si bien no fue un fenómeno necesariamente impulsado por jóvenes, éstos también se hicieron presentes y participaron de modo muy activo.

Durante todo el año 2002, la protesta y la movilización se multiplicó a lo largo de todo el país, y en ella estaba implicada una diversidad de sectores sociales. En ese contexto, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, militantes de diferentes Movimientos de Trabajadores Desocupados en la zona Sur del gran Buenos Aires, participaban el 26 de junio de 2002 en una Jornada de protesta. Tenían 23 y 21 años cuando fueron asesinados por la policía bonaerense en las cercanías del Puente Pueyrredón. La figura de estos jóvenes fue retomada como símbolo por otros miles que militaban en movimientos territoriales y de desocupados descriptos más arriba, y que sin duda –no sin cambios- construyen política “desde abajo” en barrios y otras organizaciones. Es importante destacar que esta forma de entender y practicar la política, no fue sólo una forma de “resistir”, sino de construir y luchar por la transformación social. En la sección siguiente daremos cuenta de algunos de los cambios en el vínculo juventudes y políticas que entendemos a partir de fenómenos de ruptura y continuidad en años más recientes.

### **2003-2013: la recomposición**

Dar cuenta de la contemporaneidad siempre presenta un desafío. Diez años de postconvertibilidad en el marco de los tres gobiernos kirchneristas e investigaciones producidas sobre el devenir de la participación política (cfr. Masetti, Villanueva y Gómez, 2010), nos permiten ofrecer algunas interpretaciones sobre el tema que nos convoca.

El primer gobierno de Néstor Kirchner emprendió algunas acciones que es importante señalar y que delinearán algunas rupturas en relación con lo acontecido hasta el año 2003. Una de las primeras “victorias” de su gestión fue un proceso de reconstitución de la autoridad presidencial, y de la política institucional como herramienta válida. En ello, tuvo sin duda un fuerte peso la política de derechos humanos propuesta (que incluyó la nulidad de las leyes del perdón y los consecuentes juicios a los genocidas), la retórica en torno a la dignidad nacional y la invitación a “romper” con el esquema neoliberal y los vínculos con los organismos internacionales de crédito. Todo ello le otorgó una importante legitimidad que repercutió en los organismos de derechos humanos, importantes porciones de los sectores medios y en organizaciones del campo popular las cuales fueron convocadas.

No es la intención de este artículo hacer un *racconto* de todas las medidas y etapas del gobierno kirchnerista. Pero sí cabe hacer referencia a una de las cuestiones nodales que caracterizan a este momento: el debate sobre las modalidades y espacios que fue adquiriendo la participación política de la juventud, en el contexto de particulares formas del ejercicio del liderazgo político. En este sentido, creemos que existen numerosos indicios que nos permiten plantear la presencia de un crecimiento de la participación juvenil en estructuras caracterizadas como “tradicionales”, es decir, con los mecanismos clásicos de participación de las democracias liberales: partidos, sindicatos, grupos de interés, entre otros. Dar cuenta de este cambio es particularmente sinuoso para la investigación, dado que no sólo es reciente sino que también ha sido fuertemente instalado como hecho desde la agenda mediática y política.

Así, determinar los alcances, características y magnitudes de esta “vuelta a la política” es un interrogante vigente. Creemos que estamos en presencia de una mayor participación de las juventudes en los espacios institucionales antes mencionados. Pero esto no significa que las formas de participación vinculadas a espacios autónomos, territorializados, hayan desaparecido, ni que la participación de la juventud en estructuras partidarias o movimientos estudiantiles sean las únicas legitimadas o visibles en el espacio público. Podemos sostener que conviven las dos, se entretienen, se vinculan, entran en conflictividades y se han transformado mutuamente. En una palabra, más que en reemplazos, quizás sea adecuado pensar en superposiciones, pliegues y cruces.

Sin dudas, la constatación del crecimiento de las agrupaciones juveniles kirchneristas (Pérez y Natalucci, 2012; Vommaro y Vázquez, 2012; Nuñez y Vázquez, 2013), nos permite hablar de la emergencia de una militancia juvenil con presencia en todo el país que apoya al partido en el gobierno. Es posible sostener que ello no se veía desde el retorno democrático. Lo cierto es que también, dichas organizaciones han tenido una “hipervisibilidad” en los últimos cuatro años que puede obstaculizar el análisis del fenómeno, que incluye tanto a “otras” juventudes políticas –que también han crecido– como a otras formas de entender y practicar la política por parte de diversas organizaciones juveniles, es decir, aquellas que hemos dado cuenta en las secciones anteriores.

Ahora bien, algunos acontecimientos previos nos permiten ubicar cierto recorrido y cambios que posibilitan comprender esta reaparición. Masetti (2009) plantea que desde el año 2002 fue produciéndose un proceso paulatino de “institucionalización” de los movimientos sociales, a partir de dos fases: la “ongización”<sup>8</sup> de diversas organizaciones de base territorial, y en un segundo momento, la incorporación de las mismas a distintas instancias de las gestiones estatales. Más recientemente, Natalucci y Pérez (2012) describen otro proceso central –vinculado al anterior– en

---

<sup>8</sup> Refiere a la transformación de los movimientos sociales en organizaciones no gubernamentales (ONG).

este sentido: el nuevo vínculo que la gestión kirchnerista, desde el año 2003, intentó establecer con los movimientos sociales. Dicha política generó una reconfiguración de los espacios participativos. Por un lado, implicó efectivamente el alineamiento de numerosas organizaciones importantes al partido en el gobierno y/o las estructuras estatales. Por otro lado, implicó la conformación de organizaciones con vocación opositora pero que se lanzaron a disputar la representación electoral y espacios parlamentarios. Diez años después, es posible observar que este particular proceso de institucionalización redundó en una apuesta renovada en una participación que se quiere “dentro” del sistema –y en el Estado-, sea como “oficialismo” o en los diversos frentes de oposición incluido el espectro de las izquierdas. Es así que otros partidos políticos/coaliciones también han visto crecer o han constituido sus “ramas juveniles” casi simultáneamente al proceso antes descripto. Es el caso de Jóvenes Pro o la Juventud Socialista (Cozachcow, 2013). En el primer caso, la juventud del partido se ha constituido formalmente a partir del acceso del PRO al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. La segunda, con una historia de varias décadas, ha experimentado un proceso de crecimiento cuantitativo, especialmente en grandes ciudades como Mar Del Plata o Buenos Aires. Ambas se destacan por tener una fuerte presencia en la gestiones estatales de las jurisdicciones que gobiernan (Ciudad de Buenos Aires y Provincia de Santa Fe), lo que podría acercarlas a grupos kirchneristas como La Cámpora.

La gestión kirchnerista, además, se caracterizó por poner en primer plano la cuestión de la juventud como valiosa y esencial para desarrollar la política deseable. Y este discurso tuvo sin duda pregnancia en todo el espectro político. Según Vázquez y Núñez (2013), el kirchnerismo sostiene el diagnóstico acerca del descrédito que la política representativa (partidos) tenía por parte de los jóvenes en la década pasada. Por ello, ante el crecimiento de sus organizaciones juveniles “postuló como una de sus principales victorias políticas la reconciliación de las juventudes con la política entendida como práctica institucional y representativa”. Ahora bien, como aseguran los mismos autores, dicha lectura omite “la existencia de un conjunto de espacios juveniles en los cuales se reconoce la persistencia de una lectura crítica hacia la política institucional y partidaria. Es decir, que se corona sólo una de las múltiples maneras en que se tramita la relación entre juventud y política en la actualidad” (Ibid).

Asimismo, las juventudes organizadas en torno a identidades independientes o autonomistas, siguen teniendo –como dijimos- una fuerte presencia en organizaciones territoriales, sindicatos<sup>9</sup> y universidades. Vinculado a esto, desde las juventudes de izquierdas (ya sean vinculadas a partidos, como la diversidad de “independientes”) se identifica a un nuevo oponente, que es tal no sólo por su “ideología” sino por el tipo de participación política que promueve y al que adhiere. La contraposición es clara: la juventud militante verdadera, es la que lucha y “no transa” con el Estado (Larrondo, 2013). Es aquella que sale a la calle a combatir y es heredera auténtica de las luchas populares de 2001, de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, de los jóvenes que le arrebataron la FUBA a Franja Morada en 2001; de los jóvenes que en el “estudiantazo” de 2010 salieron a pelear en la calle en contra de Macri y el gobierno nacional. Así, la figura de Mariano Ferreyra, militante asesinado durante una protesta contra la terciarización en Ferrocarriles, se constituyó como un hito simbólico diferenciador. No sólo de la juventud oficialista, sino como el símbolo de la “verdadera juventud militante”.

Otro de los espacios de participación “clásica” que se han visto fortalecidos en años recientes tiene que ver con los centros de estudiantes secundarios. El autodenominado “estudiantazo” del año

---

<sup>9</sup> Sobre este tema, ver Abal Medina y Diana (2011).

2010 en la ciudad autónoma de Buenos Aires, las tomas de escuela durante el transcurso de 2012, mostraron la presencia de organizaciones estudiantiles capaces de emprender un proceso de resistencia (Nuñez, 2011), pero también de diálogo y negociación con las autoridades de la jurisdicción. Luego de un primer momento de acción unificada, en el 2011 las coordinadoras se dividieron a partir de cosmovisiones diferenciadas donde mucho tuvieron que ver las identidades políticas y el alineamiento kirchnerismo/antikirchnerismo. Por su parte, en la provincia de Buenos Aires se multiplicó tanto la cantidad de centros de estudiantes como de coordinadoras estudiantiles de segundo grado, y también, ramas “secundarios” de partidos y movimientos sociales. En dicho proceso, es innegable la influencia de la política activa del ministerio de educación provincial en promover la formación de estas instancias, a partir de una renovación de normativas y de un fuerte trabajo orientado tanto a supervisores como a directivos (Larrondo, 2013).

### **¿El retorno a la ciudadanía clásica o ya nada volverá a ser como antes?**

En este escenario de disputas respecto de los alcances y significados del vínculo entre juventudes y políticas, en octubre de 2012 se debatió en la Cámara de Diputados de la Nación la ampliación del sufragio para las personas entre dieciséis y dieciocho años de edad, iniciativa que ya contaba con media sanción del Senado<sup>10</sup>. Interesa, sin agotar los sentidos posibles, recuperar algunos de los argumentos presentes en el debate, ya que permiten identificar los rasgos del clima de época que intervienen en la conformación de las opiniones y percepciones respecto de los temas de coyuntura, como el denominado voto joven, y de significaciones más perdurables en torno a los jóvenes y a la participación política en general.

Por un lado, podemos ubicar esta ley en el proceso de paulatina ampliación de derechos y de creciente consideración de las diversidades sociales que se produjo en América Latina en los últimos años. Esto involucró especialmente a los jóvenes, que muchas veces fueron los principales beneficiarios de estos nuevos derechos, y también los principales luchadores para lograrlos. La denominada tercera generación de Derechos Humanos se profundizó y amplió en la región incorporando derechos de diversas minorías (étnicas y sexuales entre las principales) e introduciendo nociones como “buen vivir”, soberanía alimentaria y los derechos de la tierra en materia de extractivismo y explotación de los recursos naturales. Tanto las cuestiones vinculadas a grandes colectivos sociales excluidos durante años, como las relacionadas con el medio ambiente y la tierra, se convirtieron en objeto de derecho y políticas públicas. La nueva agenda de derechos que se conformó en la región se nutrió también de las recientes discusiones acerca del derecho a la educación, especialmente en lo referido a la educación superior. En la Argentina podemos destacar algunas leyes que alimentaron los avances en este sentido como: matrimonio igualitario, Asignación Universal por Hijo, identidad de género.

Por otra parte, vinculamos los debates alrededor de la ley del “Voto joven” en el proceso de ampliación de las fronteras de lo político –o de politización– que analizamos páginas atrás. Esta politización de las relaciones y los espacios cotidianos diluye ciertas fronteras entre lo privado y lo público produciendo un avance de lo público en tanto producción de lo común y territorio de la política. Desde esta mirada, la política es una producción relacional y dinámica, situada, en proceso. Supera así las fronteras del sistema político y lo instituido. Pero al mismo tiempo, como dijimos, en los últimos años se ha revitalizado el rol del Estado y el lugar de éste como actor político se expandió sobre todo a través de políticas públicas visibles y de impacto. Esto se expresó también en una nueva

---

<sup>10</sup> Nos referimos a la Ley N° 26.774, que habilita el derecho al voto a partir de los dieciséis (16) años de edad, sancionada el 31 de octubre y promulgada el 1 de noviembre de 2012 en la Argentina.

confianza de los jóvenes hacia el Estado como terreno de disputas y herramienta para lograr cambiar las cosas. Así, las formas de “militar en, desde o con el Estado” (Vázquez y Vommaro, 2012) se convirtieron en formatos posibles de la práctica militante juvenil. Sin embargo, esta militancia reencantada con las posibilidades que puede brindar el Estado no puede sostenerse sin la base territorial que, como vimos, caracteriza la política al menos desde los años noventa.

En tercer lugar, en la Argentina actual se pusieron en juego diversos significados de las juventudes y modos de ser joven, muchas veces superpuestos y en disputa, en otros momentos complementarios y convergentes. Por un lado, encontramos lo que Vázquez (2012) denomina juventud como “causa”; es decir, la juventud se convierte en una causa pública que produce adhesiones y movilización política. Por otro, la noción de juventud en tanto autoafirmación o autopercepción, cuando los colectivos juveniles o de jóvenes se reconocen como tales y a partir de ese reconocimiento despliegan su práctica. Como tercer significado, encontramos el procesamiento de los conflictos políticos expresados en clave de disputa generacional, la nueva política versus la vieja, no como modos o expresión de intereses, sino como símbolo de la política de los jóvenes y la de las generaciones anteriores. Asimismo, aparecen otras concepciones de las juventudes que se presentan en pares dicotómicos: el joven apático-participativo versus el individualista-comprometido; la juventud como sujeto en el presente (aquí y ahora) a diferencia de la juventud como preparación para el futuro (moratoria), el joven ciudadano contra el joven consumidor, la juventud como riesgo o amenaza, distinta a la juventud como sujeto de derecho y también a la juventud como sujeto o agente de cambio.

Finalizamos este trabajo mencionando algunos rasgos que identificamos como característicos de la política argentina hoy, y en especial de las prácticas políticas juveniles. Como primer punto, señalamos que lo público se colocó en el centro del debate. Por un lado, emergió con fuerza y de múltiples formas lo público no estatal, los espacios comunitarios y barriales. Por otro, el Estado recompuso su lugar social como promotor de políticas, compensaciones y regulaciones. Además, el espacio público se constituyó en el ámbito privilegiado en donde se dirimía la disputa política y gran parte de la vida social de los jóvenes urbanos.

Como segundo aspecto, destacamos que la acción directa se presentó como la modalidad más efectiva de acción política de los diversos sectores movilizados. Las instancias institucionales de mediación con el Estado se demostraron insuficientes para canalizar los conflictos y las formas de acción directa (corte de ruta, tomas y ocupaciones) ganaron terreno en las protestas.

El tercer elemento que remarcamos es la constitución del territorio y la comunidad como ámbitos social y políticamente significativos, que adquirieron creciente centralidad. El territorio –en tanto espacio socialmente construido y significado- se convirtió tanto en lugar de producción política de las organizaciones sociales, como de legitimación de la política estatal y partidaria.

Como cuarto rasgo, se multiplicaron las experiencias de autogestión y autoorganización social, tanto sean expresadas en las fábricas recuperadas por sus trabajadores, en los espacios barriales con diversos emprendimientos productivos, y en ámbitos rurales con las organizaciones campesinas, indígenas y la producción comunitaria.

El último punto que señalamos es el ya mencionado proceso de recomposición del Estado, que fue paulatino pero no menos constante. En la actualidad el Estado ha ganado espacio como diseñador, promotor y ejecutor de políticas públicas. Esto, si bien el agotamiento de las modalidades clásicas de representación y legitimación políticas no está superado, es reconocido por todos los



sectores, a pesar de las resistencias que persisten por parte de los grupos más concentrados y privilegiados de la sociedad. Así, la legitimidad política resquebrajada fue de difícil y lento –aunque constante- restablecimiento, pero la política post 2001 no es igual a la anterior, para ser exitosa requiere asumir la mayoría de los elementos que destacamos.

Entonces ya nada volverá a ser como era. La recomposición política que experimentamos en la actualidad se sustenta sobre las bases de las transformaciones en los modos de hacer política a partir de las grietas que se abrieron en la década del noventa y se consolidaron luego de 2001. Más que regreso, podemos hablar de reactualización o resignificación de elementos presentes en momentos anteriores. Entre la disrupción y la integración, entre la continuidad y innovación, entre la autonomía y el estado se dirimen las formas de participación política de las juventudes argentinas en la actualidad.

## Referencias bibliográficas

Abal Medina, Paula y Diana, Nicolás (2011): *Colectivos Resistentes. Procesos de politización de trabajadores en la Argentina reciente*. Editorial Imago Mundi. Buenos Aires.

Alvarado, Sara. V.; Martínez, Jorge. E. y Muñoz Gaviria, Diego (2009). “Contextualización teórica al tema de las juventudes: una mirada desde las ciencias sociales de la juventud”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud*. Vol. 7. N° 1. Universidad de Manizales-CINDE, Colombia, 2009. Pp. 83-102.

Alvarado, Sara.V y Vommaro, Pablo (editores) (2012). *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*. CLACSO-Homo Sapiens, Buenos Aires.

Alvarado, Sara.V y Vommaro, Pablo (editores) (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. CLACSO-Homo Sapiens, Buenos Aires.

Balardini, Sergio (2000) “Prólogo” en Balardini, Sergio (comp) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo* Buenos Aires, CLACSO Pp. 7-19

Bauman, Z. (2007). “Between Us, the Generations”, en Larrosa, J. (ed.). *On generations. On coexistence between generations*. Fund. Vivir y Convivir, Barcelona, 2007. Pp. 365-376.

Berguier, Rubén.; Hecker, Ernesto y Schiffrin, Alejandro (1986). *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina

Bonaldi, Pablo (2006) “Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria” en Jelin, E. y Sempol, D. (comps.) (2006) *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires, Siglo veintiuno Pp. 143-182

Bonvillani, Andrea; Vázquez, Melina; Vommaro, Pablo. y Palermo, Alicia. (2008) “Aproximaciones a los estudios acerca de juventud y prácticas políticas en la Argentina (1968-2008)” en *Revista Argentina de Sociología* 11 (6). Buenos Aires, Consejo de Profesionales en Sociología Pp. 44-73

Bonvillani, Andrea, Palermo, Alicia, Vázquez, Melina. y Vommaro, Pablo (2010). “Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina”, en Alvarado, S. y Vommaro, P. (editores). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires, CLACSO-Homo Sapiens. Pp. 21 a 54.

Capriati, Alejandro (2010). “Notas sobre cultura, desigualdad y violencia en una localidad suburbana del Gran Buenos Aires”. En *Isociología*, 4 (2). Pp.15-29.

Citro, Silvia (2008) "El rock como ritual adolescente. Trasgresión y realismo grotesco en los recitales de Bersuit" en TRANS (Revista Transcultural de Música): 12

Cozachcow, Alejandro (2013) *Juventudes partidarias en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Motivos de participación, proyecto colectivo y proyecto individual (2012-2013)*. IDES-UNGS: mimeo.

Chaves, Mariana (2009) [2006] “Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006” . *Papeles de trabajo 5*. Buenos Aires, IDAES-Universidad Nacional de San Martín

Chaves, Mariana. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires, Espacio Editorial

Elisalde, Roberto. (2007) *Estrategias y logros socioeducativos en bachilleratos populares autogestionados para jóvenes y adultos en la Argentina (2002-2005)*. Victoria, Tesis de Maestría en Educación, Escuela de Educación, Universidad de San Andrés.

Enrique, Iara (2011) “La participación estudiantil en la escuela secundaria en la Argentina. Reconstrucción del conflicto en torno al protagonismo político de los jóvenes” Tesis de Maestría en Políticas Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Feixa, Carles. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Ariel, Barcelona.

Ghiardo, Felipe (2004) “Generaciones y Juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset” en *Última Década* núm. 20, 2004. Centro de Estudios Sociales, Chile. pp. 11-46

Hadad, María Gisela; Comelli, María y Petz, María Inés (2012). “De las asambleas barriales a las asambleas socioambientales: La construcción de nuevas subjetividades Políticas. Argentina 2001 – 2011” En *Astrolabio*. Nueva Época No 9 (2012), Universidad Nacional de Córdoba. Pp. 302-332

Jelin, Elizabeth (1989). “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio”. En Jelin, Elizabeth (comp) (1989) *Los nuevos Movimientos sociales. Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. Pp. 36-40

Larrondo, Marina (2013) *El movimiento estudiantil secundario en la Provincia de Buenos Aires: Organización, marcos de acción colectiva e identidades*. 2009-2012. IDES-UNGS (mimeo)

Lewkowicz, Ignacio (2004) Generaciones y constitución política [versión electrónica]. URL [www.estudiolwz.com.ar](http://www.estudiolwz.com.ar)

Lorenz, Federico (2004) “Tomála vos, dámela a mí”. La noche de los lápices: el deber de memoria y las escuelas” en Jelin, Elizabeth y Lorenz, Federico *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*. Buenos Aires, siglo veintiuno. Pp 95-131

Manheimm, Karl. (1928) [1993] “El problema de las generaciones” en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 62

Manzano, Valeria (2011) “Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX” en *Propuesta Educativa* Buenos Aires, Flacso N° 35 Pp. 41-52

Margulis, M. y Urresti, M. (1996). "La juventud es más que una palabra" en Margulis, M. (Ed.) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblos

Martín Criado, Enrique. (1998) *Producir la juventud* Madrid, Istmo.

Masetti, Astor (2009) “Cuando los movimientos sociales se institucionalizan. Las organizaciones territoriales urbanas en el gobierno de la ciudad de Buenos Aires” en Delamata, G. (2009) *Movilizaciónes sociales ¿Nuevas ciudadanía? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*. Buenos Aires, Biblos. Pp 205-237

Massetti, Astor.; Villanueva, Ernesto y Gomez, Marcelo (comps) (2010). *Movilizaciónes, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Buenos Aires, Nueva Trilce.

Merklen, Denis (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática*. Buenos Aires, Gorla.

Natalucci, Ana. y Pérez, Germán (2012) “Introducción: el kirchnerismo como problema sociológico” en Natalucci, Ana y Pérez, Germán (comps) *Vamos las bandas. Organización y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Trilce. Pp 7-27

Novaro, Marcos (1995) “El debate contemporáneo sobre la representación política” en *Desarrollo Económico* N° 137. Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.

Nuñez, Pedro (2010) “Política y poder en la escuela media. La socialización política juvenil en el espacio escolar”. Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de General Sarmiento-IDES. Buenos Aires, 2010.

Nuñez, Pedro (2011) “Protestas estudiantiles: interrelaciones entre escuela media y cultura política” en *Propuesta Educativa* (Buenos Aires: Flacso) N° 35. Pp. 7-10

Nuñez, Pedro y Vázquez, Melina. (2013) *Políticas públicas de juventud e inclusión social en América Latina y el Caribe. Caso Argentina*. Informe UNESCO-CLACSO

Pérez Islas, José A. (coord.) (2000). “Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud” en Martín-Barbero, J. y otros Umbrales. *Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*, Medellín, Corporación Región.

Pérez Islas, José A. (2006). “Trazos para un mapa de la investigación sobre la juventud en América Latina”, en *Papers*, N° 79. Pp. 145-170.

Picotto, Diego y Vommaro, Pablo (2010). “Jóvenes y política: una incursión por las agrupaciones de estudiantes independientes de la Universidad de Buenos Aires”. En Revista *Nómadas* N° 32 (mayo de 2010), Bogotá. Pp. 149-162.

Reguillo Cruz, Rossana. (2003a). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires, Norma.

Reguillo Cruz, Rossana (2003b) “Ciudadanías juveniles en América Latina” en *Última década*. Viña del mar, CIDPA. N°19, Noviembre. Pp. 11-30

Rodríguez, Ernesto. (2012). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Montevideo, CELAJU – UNESCO.

Schuster, Federico; Pérez, Germán; Pereyra, Sebastián.; Armesto, Melchor; Armelino, Martín; García, Analía; Natalucci, Ana; Vázquez, Melina; Zipcioglu, Patricia (2006) *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*. Documento de Trabajo No 48, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

Semán, Pablo y Vila, Pablo; (1999) “Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal”, en: D. Filmus, *Los 90. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina en fin de siglo*, FLACSO-Eudeba, Buenos Aires. Pp 225-258

Sidicaro, Ricardo. (1998) “Los jóvenes de la región Metropolitana. Sus sensibilidades sociales y políticas” en Tenti, Emilio. y Sidicaro, Ricardo. (comps)(1998) *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*. Buenos Aires, UNICEF-Losada

Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. *La Argentina de los jóvenes*. Unicef Losada, Buenos Aires, 1998.

Swampa, Maristella (2006). *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Aguilar

Swampa, Maristella (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y Poder Político*. Buenos Aires, siglo veintiuno

Tapia, Luis (2008). *Política salvaje*. La Paz, CLACSO-Muela del Diablo-Comunas.

Tenti, Emilio (1998) “Visiones sobre la política” en Tenti, E. y Sidicaro, R. (1998) (comps) *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*. Buenos Aires, UNICEF-Losada

Urresti, Marcelo (2000) “Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico”, en Balardini, Sergio (comp) (2000) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo*. Buenos Aires, CLACSO Pp. 177-206.

Vázquez, Melina (2008) *La socialización política de jóvenes piqueteros. Un estudio a partir de las organizaciones autónomas del conurbano bonaerense*. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Vázquez, Melina (2012). “La juventud como causa militante: algunas ideas sobre el activismo político durante el kirchnerismo”, en *Grassroot*. Volumen 1, N° 2, Diciembre de 2012. Pp. 32-36.

Vázquez, Melina y Vommaro, Pablo (2008) “La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* Vol. 6, N° 2. Manizales, CINDE.

Vázquez, Melina y Vommaro, Pablo (2012). “La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora”, en Pérez, G. y Natalucci, A. (eds.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Trilce. Pp. 149-174.

Vila, Pablo 1989. "Rock Nacional. Crónicas de la resistencia juvenil" en Jelin, Elizabeth (comp) *Los nuevos Movimientos sociales. Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios.* (Buenos Aires: Centro Editor de A

Vommaro, Pablo (2009). "Las organizaciones sociales urbanas de base territorial y comunitaria y el protagonismo juvenil: dos experiencias en Quilmes 1981-2004". En Revista *Periferias*, Año 12, N° 17. 1° semestre de 2009. Pp. 173-190.

Vommaro, Pablo (2010). "Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)". Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director: Federico Schuster. Co-director: Pablo Pozzi. *Mimeo.*

Vommaro, Pablo (2013a). "Juventud y política", en *Diccionario Internacional de Derecho del Trabajo y la Seguridad Social.* Ed. Tirant Lo Blanche, España. Rodrigo García Schwarz (coordinador).

Vommaro, Pablo (2013b). "Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles", en Revista *Sociedad* N° 32, mayo 2013, Buenos Aires. Pp. 127-144.

Zibechi, R. (1997). *La revuelta juvenil de los 90: las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa.* Ed. Nordan, Montevideo.

Zibechi, R. (1999). *La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación.* Ed. Nordan, Montevideo.

Zibechi, R.(2003). *Genealogía de la Revuelta. Argentina: sociedad en movimiento.* Ed. Nordan, Montevideo.